

# La teoría del significado en la filosofía analítica

Michael Dummett

¿Qué es una teoría del significado? Es una teoría que pretende explicar en qué consiste que las palabras de un lenguaje tengan el significado que tienen. Obviamente, la pregunta en qué consiste que una palabra tenga significado es filosófica. La pregunta psicológica es diferente: inquiriere por los mecanismos, psicológicos o incluso neurológicos, mediante los cuales un hablante concreto de una lengua asocia las palabras de un lenguaje con su significado, tanto como si este mecanismo opera a un nivel consciente como inconsciente. La pregunta psicológica es obviamente interesante, incluso relevante para la filosofía; pero la pregunta filosófica la precede: no podemos ofrecer una explicación comprensiva de la adscripción de su significado a una palabra hasta que podamos responder con precisión qué hace que la palabra tenga dicho significado.

Para la filosofía analítica, en las muchas formas que ha tomado, la teoría del significado ha sido central. De hecho, esto podría usarse como una definición del término «filosofía analítica», a saber, como el estilo de filosofía (o uno de esos estilos de filosofía) para los que la teoría del significado es central. Notoriamente, durante este siglo o, más precisamente, después de la Primera Guerra Mundial, se produjo un gran distanciamiento entre las tradiciones filosóficas: una, en la que la filosofía analítica predominaba y, otra, frecuentemente llamada «continental», en la que la filosofía analítica no contaba. Es un error pensar que la filosofía analítica apareció en países de habla inglesa. El filósofo británico G.E. Moore (1873-1958) y Bertrand Russell (1872-1970) desempeñaron un papel realmente importante en su génesis; pero su antecesor más importante y característico fue el filósofo y matemático checo Bernard Bolzano (1781-1848), y su progenitor más importante y significativo el filósofo alemán Gottlob Frege (1848-1925). Un grupo principal de sus exponentes lo constituyó el celebrado Círculo de Viena, que incluía a Moritz Schlick (1882-1936), Otto Neurath (1882-1945), Rudolf Carnap (1891-1970) y Friedrich Waismann (1896-1959). El practicante más influyente, y probablemente el más grande, de la filosofía analítica en el siglo XX fue el filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951), quien, aunque pasó la mayor parte de su vida en Cambridge, escribió casi exclusivamente en alemán. El nazismo fue el causante de que prácticamente todos los exponentes de la filosofía analítica en Alemania y Austria se desplazaran a los Estados Unidos y Gran Bretaña. Una consecuencia de

esto ha sido que, desde la Segunda Guerra Mundial, la filosofía se ha enseñado y practicado de manera totalmente diferente en países de habla inglesa (junto a Escandinavia) y en los países de la Europa continental (aunque la filosofía analítica últimamente se ha asegurado la lealtad de una minoría de filósofos en el segundo de estos grupos).

Lo que comenzó como una división entre escuelas filosóficas se convirtió en una distancia insondable entre *tradiciones* filosóficas. Las doctrinas de los filósofos analíticos y los llamados «continentales» a veces puede que no estén tan alejadas, pero han sido entrenados de modos diferentes, escriben con distinto estilo, y han leído y se refieren a diferentes autores, a los que suponen que sus lectores también han leído. Un buen número de filósofos contemporáneos, que reconocidamente pertenecen a la tradición analítica, ya no suscriben el objetivo mencionado más arriba como definitorio de la filosofía analítica, que la teoría del significado es central para esta disciplina.

¿Porqué debería suponerse que es central? Se admite como incuestionable la importancia del lenguaje en nuestra existencia: es el espacio en el que se mueve nuestra vida mental. Usamos palabras para dirigir nuestras interacciones con otras personas; confiamos en ellas para descubrir lo que nos gustaría conocer del mundo; las necesitamos para orientarnos en la calle y para comprar provisiones; construyen novelas, poemas, obras de teatro, debates políticos, noticiarios, misas; pensamos en palabras. Pero, en cualquier caso, como el mismo Frege advirtió, lo que es importante son los pensamientos que expresamos en las palabras, no las palabras mediante las que los expresamos. La capacidad de las palabras para expresar pensamientos es indudablemente un interesante problema filosófico, pero es ciertamente un problema periférico para la filosofía en general.

Bien, si es posible dar cuenta filosóficamente de los pensamientos que tenemos y expresamos, y en qué consiste tener tales pensamientos sin hacer referencia al medio por el que los exteriorizamos lingüísticamente, entonces, sin lugar a dudas la teoría del significado es secundaria. Podemos, en tal caso, asumir como dado lo que es tener el pensamiento expresado por cualquier oración: sólo tenemos que explicar cómo un hablante reconoce dicho pensamiento como el que es expresado por la oración, y esto, aunque interesante y no cabe duda que difícil, es tangencial para el asunto que nos concierne (el contenido del pensamiento). Los filósofos analíticos, sin embargo, asumieron, explícita o tácitamente, que un tratamiento del pensamiento independientemente de su expresión lingüística es imposible. Para ellos, el único medio del que disponemos para explicar el contenido del pensamiento, en general, era analizar las oraciones mediante las que lo expresamos: decir qué es para las oraciones tener el sentido tienen y, por tanto, expresar los pensamientos que expresan. Captar un pensamiento debía explicarse como la comprensión de una oración cuyo contenido es tal pensamiento; dominar un concepto se explicaba como conocer el sentido de una palabra o un grupo de palabras. No todos ellos creían, como Frege, que los seres humanos pueden captar pensamientos sólo cuando son expresados simbólicamente o verbalmente; pero coincidían implícitamente en que un tratamiento filosófico de los pensamientos podía lograrse sólo explicando el funcionamiento del lenguaje en el que se expresaban, una explicación que no recurría a una comprensión previa de dichos pensamientos. Una explicación tal constituiría

una teoría del significado. Si la filosofía es esencialmente el análisis del pensamiento, entonces cada rama de la filosofía debe ser una aplicación especializada de la teoría del significado: una teoría general del significado sustentaría a toda la filosofía.

Para construir una teoría del significado, primero tenemos que aclarar la relación entre las palabras y las oraciones. Puede *decirse* algo (hacer una pregunta, decirle a alguien qué hacer, afirmar algo o cosas parecidas) sólo profiriendo una oración completa, o lo que en el contexto adecuado (como en el de contestar a una pregunta) equivale a proferir una oración completa. Por tanto, sólo una oración posee lo que podríamos llamar un significado *operativo*, con cuya proferencia (o la de alguna oración equivalente en el contexto adecuado) puede obtenerse un acto lingüístico. Las palabras, por tanto, tienen significados sólo en tanto que contribuyen a determinar el significado operativo de las oraciones en las que concurren: tienen significados *contributorios*, que constituyen su contribución a la oración. Por otra parte, reconocemos el significado operativo de una oración comprendiendo los significados contributorios de las palabras que la componen, y los principios de acuerdo con los cuales se agrupan en la oración. Los significados de las palabras son de tal modo primarios en el orden del entendimiento, y el significado de una oración es primario en el orden de la explicación: entender una palabra es saber el principio general que determina su contribución al significado de cualquier oración en la que pueda ocurrir (o, para palabras del lenguaje natural, los muchos principios generales que se aplican a los distintos papeles que la palabra puede desempeñar —piénsese en la palabra castellana «regla», por ejemplo).

La primera característica de una teoría del significado será, por tanto, lo que ésta entiende que constituye, en general, el significado operativo de una oración. Puede objetarse que debe haber diferentes respuestas a ésto, dependiendo de si la oración es declarativa, interrogativa, imperativa, etc. El primer filósofo que se acercó de algún modo a proponer una teoría del significado plausible fue Frege, y ofreció una respuesta parcial a esta objeción insistiendo en la distinción entre la *fuerza* que gobierna una oración y su *sentido*. Cuando una oración es una parte constitutiva de una oración declarativa más compleja, no funciona propiamente como una afirmación: sólo su sentido está en juego, como sirviendo para determinar el sentido de la oración compleja completa, y así la afirmación que puede hacerse mediante ella. La fuerza asertórica no es, en consecuencia, intrínseca al sentido, sino que controla una oración completa que no es parte de una oración mayor, sino que es proferida, en el contexto adecuado, como una oración completa. Cuando la fuerza asertórica es separada de tal modo del sentido se hace posible pensar diferentes fuerzas aplicadas a un mismo sentido: por ejemplo, entender «La puerta está cerrada» y «¿Está la puerta cerrada?» como expresando el mismo sentido, pero difiriendo sólo en que la primera porta una fuerza asertórica y la última interrogativa. Frege no amplió esta teoría a los imperativos, pero otros han entendido «Cierra la puerta» como expresando de nuevo el mismo sentido, pero portando una fuerza imperativa.

Un análisis de este tipo presenta una teoría del significado con dos tareas iniciales. Tiene (1) que explicar los diferentes tipos de fuerzas que pueden añadirse a una oración. Y tiene (2) que indicar en qué consiste en general el sentido de una oración. La respuesta de Frege a (2) ha continuado siendo con diferencia la más popular: el sentido de una oración es fijado por lo que determinaría su proferencia

como verdadera en un determinado contexto; y esto determina el pensamiento expresado por dicha oración. Es inútil objetar que normalmente no denominamos a una pregunta «verdadera»: una oración interrogativa sirve para preguntar si el *pensamiento* expresado es verdadero, del mismo modo como la correspondiente oración asertórica sirve para afirmar que el pensamiento es verdadero. En virtud de su respuesta a la pregunta qué constituye el sentido de una oración, la teoría del significado de Frege pertenece al tipo de las teorías de las condiciones de verdad.

Esta tesis, o cualquier otra rival, acerca de qué constituye el sentido operativo de una oración claramente no es específica de un lenguaje en particular: si es verdadera, debe poderse aplicar a *cualquier* lenguaje. Algunos filósofos analíticos del lenguaje no han pretendido llevar la teoría del significado más allá: han propuesto una tesis para explicar en qué consiste, en general, el sentido de una oración, y han extraído las consecuencias de ello sin intentar un tratamiento sistemático de los sentidos contributivos de las palabras individuales. Los positivistas lógicos del Círculo de Viena son un ejemplo de ésto. No equipararon el sentido de una oración con la condición de verdad de su preferencia, sino con el método de verificación de dicha oración; pero aunque esta tesis era fundamental para toda su filosofía, se contentaron con proponerla, sin hacer ningún intento, paralelo al de Frege, de construir sobre ella una teoría del significado comprensiva para un lenguaje. Así, esta carencia privó a la fundamental tesis verificacionista de una prueba que hubiera conducido a su refinamiento y, por tanto, a su clarificación.

Una vez establecidos los fundamentos de una teoría del significado, mediante la formulación de una tesis general acerca del sentido operativo de una oración, la siguiente tarea para la construcción de una teoría debe ser explicar los significados de las palabras, de tal modo que compongan los sentidos de las oraciones que las contengan. Esto no puede hacerse hasta que primero tengamos una concepción, adecuada para este propósito, de cómo las oraciones se conforman a partir de las palabras. Dicho de otro modo, hasta que no tengamos una sintaxis adecuada. Frege advirtió que la estructura de una oración no puede explicarse, como parece superficialmente, simplemente como una secuencia lineal de palabras. Es, más bien, algo que se construye en etapas a partir de oraciones más simples; más exactamente, contiene términos singulares que, una vez complejos, deben considerarse ellos mismos como contruidos en etapas a partir de términos más simples y de predicados. Frege consideró los predicados monádicos, que son en general complejos, no como agrupados a partir de sus partes constituyentes, sino formados a partir de oraciones omitiendo una o más ocurrencias de algún término particular. Al predicado formado de tal modo podría aplicársele tanto un cuantificador, para formar una oración, como un operador formador de términos. La construcción de una oración compleja comenzaba con oraciones atómicas, que se forman poniendo términos singulares en los lugares para los argumentos de un predicado primitivo o una expresión relacional. Estos términos pueden ser complejos y tener así una historia propia de su construcción. Cada etapa en la formación de una oración compleja resultaría de aplicar el signo de negación a una oración, o un cuantificador a un predicado, o de la conjunción de dos oraciones mediante algún operador proposicional binario. En este análisis, la verdadera estructura de una oración se parece más a la de un árbol, que a la de una secuencia lineal. Es evidente de esta exposición que la sintaxis así

descrita no es exactamente la de un lenguaje natural. Corresponde, más bien, a la de un lenguaje simbólico de la lógica de predicados, que Frege fue el primero en formular en su famoso libro de 1879<sup>\*</sup>.

El propio Frege no fue nunca muy preciso acerca de la relación entre lo que él llamó su «conceptografía» y el lenguaje natural. Sostuvo que la estructura de una fórmula del simbolismo lógico reflejaba fielmente la estructura del pensamiento que expresaba y, por tanto, la estructura del pensamiento expresado por una oración adecuada del lenguaje natural. Además, su teoría semántica no se aplicaba directamente a ningún lenguaje natural, sino a uno con la sintaxis de la lógica de predicados. Según la postura de Frege, una oración del lenguaje natural que exprese un pensamiento debe tener una estructura que refleje imperfectamente, y, por así decirlo, distorsione la estructura de dicho pensamiento. Esto implica que debe haber reglas que gobiernan la transformación de una fórmula lógica en una oración equivalente del lenguaje natural: reglas inversas a estas son implícitamente seguidas por un estudiante novel de lógica matemática cuando se ocupa de transcribir las oraciones del lenguaje natural a notación lógica. Frege no se preocupó por la formulación de tales reglas. Esta postura ha sido seguida por filósofos analíticos posteriores a él, como W.v.O. Quine (n. 1908), para quien el primer paso en el análisis de la estructura semántica de las oraciones del lenguaje natural es «regimentarlas», esto es, reescribirlas de acuerdo con la sintaxis de la lógica de predicados. En este proceso no se recurre a ninguna regla, sino solamente a un reconocimiento intuitivo de la sinonimia (noción de la que Quine es oficialmente escéptico). En contraposición, los análisis de los adverbios hechos por Davidson (n. 1917) proporcionan una regla precisa para ser usada en dicha «regimentación»; apunta así parcialmente a destapar la estructura oculta de las oraciones del lenguaje natural. Lingüistas de la escuela de Noam Chomsky (n. 1928) llevan este proceso aún más lejos, considerando la estructura superficial de las oraciones del lenguaje natural como derivadas, mediante unas reglas de transformación enumerables, de una estructura profunda muy similar a la estructura de las fórmulas lógicas.

Dada una sintaxis apropiada, una teoría del significado debe explicar los significados de las palabras de un lenguaje que tenga dicha sintaxis. Palabras que han de ser explicadas como determinando conjuntamente los significados de las oraciones que ellas mismas componen. En una concepción fregeana, la tarea debe realizarse en dos etapas. La primera es la teoría semántica apropiada (la teoría de lo que Frege llamó *Bedeutung*, que explica cómo el valor de verdad de una oración, proferida en un contexto dado, es determinado de acuerdo con su composición). Debe, por tanto, explicitar, para cada palabra o frase-componente, la contribución que hace para determinar el valor de verdad. Esta contribución será su *rol semántico*, que, según Frege, puede considerarse siempre como la posesión de un correlato extralingüístico adecuado, su *valor semántico* o «referencia». Un término singular contribuye determinando un objeto particular como su valor semántico. El valor semántico de un predicado monádico es una función de los objetos sobre los valores de verdad.

\* *Begriffsschrift, eine der arithmetischen nachgebildet Formelsprache des reinen Denkens*. Hay traducción castellana: *Conceptografía. Los fundamentos de la aritmética. Otros ensayos filosóficos*. México: UNAM. 1972. [N. del T.].

A esta función la llamó Frege un «concepto»: el valor de verdad de una oración formada mediante la instanciación de un término en el lugar del argumento de tal predicado es el valor de dicha función como valor semántico del término como argumento. Los componentes de un término singular complejo tienen valores semánticos que van a determinar el valor semántico del conjunto. Así, el valor semántico de una expresión funcional, como «la madre de ...», es una función de objetos sobre objetos, y el valor semántico de un operador que forma un término a partir de un predicado, como el operador descriptivo «el objeto  $x$  tal que ...», es una función de conceptos sobre objetos. El valor semántico de un predicado complejo es la función que toma el valor semántico de cualquier término sobre el valor de verdad de la oración que resulta de colocar tal término como argumento. El valor semántico de un operador proposicional es una función de verdad; la de un cuantificador es un concepto de segundo orden, relacionando conceptos de primer orden con valores de verdad. Así, las constantes lógicas (operadores oracionales y cuantificadores) se explican especificando cómo los valores de verdad de las oraciones en las que ellas son el operador principal están determinados a partir de los valores semánticos de las oraciones o predicados en los que operan. Las constantes lógicas pueden, por supuesto, ocurrir en una oración sin ser el operador principal. Pero el principio general es que la determinación del valor de verdad de una oración sigue los pasos de su construcción. Por tanto la contribución de cualquier constituyente de la oración está totalmente explicada por su contribución a la determinación del valor de verdad de la oración formada en el primer nivel en el cual dicho constituyente apareció en el curso de la construcción, o el valor semántico del término formado en ese nivel.

El trabajo reciente en filosofía analítica se ha concentrado intensamente sobre la semántica, concebida en gran parte de esta manera pero aplicada a aspectos del lenguaje natural, irrelevantes para el lenguaje de las matemáticas, que era el principal objetivo en la sistematización de Frege. Este interés se ha debido al dominio de la escuela americana, encabezada por Quine. La semántica, tal y como ha sido expuesta más arriba, es parte de una teoría del significado de condiciones de verdad, dado que el objetivo es describir cómo una oración se decide verdadera o falsa de acuerdo con su composición. Pero el trabajo más reciente ha modificado esto para poder acomodar los operadores modales, expresados en el lenguaje natural mediante verbos auxiliares como «deber» o «poder». Lo cual ha lamentado Quine, ya que él ha criticado durante mucho tiempo la inteligibilidad de las nociones modales. Con este propósito se ha utilizado la idea leibniziana de los mundos posibles: el valor semántico de una expresión no es sencillamente su correlato en el mundo actual. Por ejemplo, la serie de objetos de la que un predicado monádico es actualmente verdadero, sino su correlato en cada mundo posible, e.g. la serie de objetos de la cual un predicado es verdadero en cada uno de dichos mundo posible. En tales teorías destaca la distinción hecha por Saul Kripke (n. 1940) entre términos que designan objetos rígidamente y aquellos que los designan de un modo flexible. El objeto, si lo hay, en un mundo posible designado por un término flexible depende de las condiciones que se den en dicho mundo; el objeto designado en ese mundo por un término rígido es ese que designa en el mundo actual, si existe en dicho mundo posible. Lo que es aún de fundamental importancia es el valor de verdad de cualquier oración

en el mundo actual; pero la verdad en cualquier mundo de una oración gobernada por un operador modal dependerá de su valor de verdad en otros mundos posibles.

En la concepción fregeana, la formulación de una teoría semántica, tal y como se ha explicado antes, es sólo el fundamento de una teoría adecuada del significado. El segundo paso en la definición de tal teoría es explicar los *sentidos* de las palabras del lenguaje y, así, el de las oraciones por ellas compuestas. El sentido de una palabra o expresión es lo que un hablante capta cuando la comprende. En general, el hablante no puede describirse como conociendo el valor semántico de las expresiones o palabras, más que diciendo que la comprensión de una oración consiste en, o implica, conocer su valor de verdad. Uno no puede, por ejemplo, saber sencillamente, de un objeto, que es a lo que cierto término se refiere, ya que, como señaló Kant, un objeto debe darse en alguna forma en particular. El sentido de una expresión es el modo particular en el que su valor semántico es dado a alguien que la entiende. La teoría del sentido necesita necesariamente apoyarse en una teoría semántica. Describir el sentido de una expresión es caracterizar lo que un hablante debe saber acerca de ella para entenderla tal y como funciona en el lenguaje. Lo que tiene que saber primero es a qué categoría lógica pertenece y, por tanto, qué tipo de cosa será su valor semántico; su sentido específico es el modo en el que un hablante debe concebir su valor semántico específico. El sentido, junto al modo en que es el mundo, determina su valor semántico; el sentido se diferencia del valor semántico porque es algo que un sujeto puede *captar*.

Frege admitió que los significados de las palabras del lenguaje natural frecuentemente contienen más que sus propios sentidos. El sentido de una palabra implica sólo lo que determina su valor semántico, por tanto lo que puede ser relevante para la verdad o falsedad de la oración en la que aparece. Frege reconocía que las palabras del lenguaje natural pueden diferir en significado, aunque coincidir en su sentido: «está muerto», «ha fallecido» y «ha pasado a mejor vida», por ejemplo, todos tienen el mismo sentido, pero difieren en su adecuación a diferentes contextos. Una palabra como «consecuentemente», y la expresión «por ejemplo», son irrelevantes para el valor de verdad de la oración en la que ocurren y, por tanto, aunque no contribuyen a su sentido, sirven para indicar su relación con otras oraciones en el mismo discurso. Hoy día tales consideraciones son asignadas, junto con la teoría de la fuerza, a un indefinido sector de la teoría del significado etiquetado como «pragmatismo».

La mayoría de los modernos estudios filosóficos de teoría semántica no presta atención a la teoría del sentido. Sus autores a veces excusan esta desatención sobre la base de que el sentido de una expresión se muestra suficientemente por el modo particular en el que su valor semántico es especificado. Esto da por supuesto que la formulación de la teoría semántica ha sido forzada por algunos aspectos del lenguaje tal y como es usado, sin explicar cuáles puedan ser esos aspectos. Además, es obvio que el sentido se aprehenderá de este modo sólo por alguien que conozca los sentidos de las expresiones del metalenguaje, esto es, aquellos sentidos usados para exponer la teoría semántica. Por supuesto, tal teoría será comprendida sólo por alguien que conozca los sentidos de esas expresiones. Sin embargo, se habrá dejado sin explicar en qué consiste un conocimiento de sus sentidos, y, por tanto, en qué consiste un conocimiento de los sentidos de las expresiones del lenguaje objeto (esto

es, las expresiones del lenguaje gobernadas por la teoría semántica). El objeto de una teoría del significado no es simplemente revelar los significados de las palabras y las oraciones del lenguaje objeto (un diccionario y un libro de auto-ayuda cumplirían esta tarea) sino hacer explícito qué hace que posean el sentido que poseen. Todo lo que pretenda ser una teoría del significado no puede ignorar el hecho de que las palabras tienen significado sólo en tanto que son entendidas como teniendo esos significados; no puede, por tanto, dejar sin explicar la noción de entendimiento.

Probablemente se deba originariamente a la influencia de Carnap, y en menor medida a la de C.S. Peirce (1839-1914), que los filósofos en los Estados Unidos hayan prestado mucha atención al programa semántico iniciado por Frege. Desde que la influencia americana comenzó a dominar la filosofía analítica desde aproximadamente mil novecientos sesenta y cinco en adelante, mucha menos atención le prestaron los filósofos analíticos de otros lugares. Los positivistas lógicos limitaban, por su rechazo dogmático de la metafísica y de todo lo que se separaba del más riguroso empirismo, a caracterizar como la única actividad filosófica legitimada la investigación de la lógica de la ciencia. Esto naturalmente reforzaba su disposición para discutir todos los problemas que estimaban genuinos en términos lingüísticos; pero, a excepción de Carnap, sus investigaciones nunca se ocuparon de la teoría semántica en un sentido estricto. El *Tractatus Logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein contiene una llamativa declaración de su adscripción a la concepción de las condiciones de verdad del sentido de las oraciones; pero su trabajo posterior, aun en torno al lenguaje, como antes, manifiesta una postura totalmente diferente respecto al significado. El significado de una expresión había de explicarse mediante una descripción de su uso. Este *slogan*, por supuesto, no nos conduce demasiado lejos cuando queda claro en qué términos el uso de una expresión o la forma de una oración ha de describirse: no, en la última filosofía de Wittgenstein, mediante la especificación de las condiciones de su verdad o su correcta aplicación. El concepto de verdad lo consideró Wittgenstein superficial, suficientemente explicado de un modo minimalista equiparando «Es verdad que p», o «p' es verdadero», para cualquier oración p, con esta misma oración. Wittgenstein nunca concibió tesis alguna acerca de en qué consiste el uso de una oración; pero, de su trabajo han de citarse tres tipos de cosas en la descripción de su uso. Debe decirse qué entiende un hablante que justifica una preferencia lingüística; debe señalarse qué es una respuesta adecuada a dicha preferencia, y qué tipo de respuesta intenta provocar una preferencia tal; y debe explicarse cuál es el objeto de tener en nuestro lenguaje una forma de palabras que requieren tal justificación y provocan las mencionadas respuestas. Dicha concepción del significado como uso está evidentemente en franca oposición a la concepción del sentido como condiciones de verdad; pero Wittgenstein nunca la tuvo por el fundamento de una teoría del significado sistemática para un lenguaje natural. Rechazó la idea de construir tal teoría sistemática; más bien, la concepción del significado como uso no era más que una guía programática para la discusión asistemática de expresiones particulares y las formas de las oraciones. En cualquiera de esas discusiones debe considerarse el papel de la parte relevante del lenguaje en nuestras vidas: el uso del lenguaje esta entrelazado con todas nuestras otras actividades y sólo puede describirse adecuadamente atendiendo a esa particular condición.



La escuela del «lenguaje ordinario» que dominó la filosofía de Oxford, bajo la influencia, primero, de Gilbert Ryle (1900-1976) y, después, de John Austin (1911-1960), durante las dos décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, se concentró igualmente sobre los temas lingüísticos. Pero, como Wittgenstein, se quería un tratamiento asistemático más que una teoría comprensiva. Dificilmente puede decirse que la escuela del lenguaje ordinario haya tenido una idea general del significado de una oración o de una expresión: esta escuela trabajaba con una versión simplista, incluso vulgarizada, de la noción de uso de Wittgenstein. El «uso» de una oración era a veces caracterizado por lo que comúnmente se aceptaba como justificando su preferencia, sin hacer referencia a lo que se suponía que se seguía de ella. Esto condujo al empleo del conocido argumento del «caso paradigmático», permitiendo dudas filosóficas acerca de, digamos, la libertad de la voluntad, refutadas señalando ocasiones típicas en las que se diría de alguien que había actuado libremente. Con la misma frecuencia, el «uso» de ciertas palabras se caracterizaría mediante el propósito habitual de su empleo; el propósito usual de decir, «O pediste permiso o no», por ejemplo, es negar que haya un caso intermedio. Una aplicación tan burda de la noción del significado como uso pareció resolver naturalmente muchos problemas filosóficos. Esta ilusión se habría difuminado si *hubiera* habido un intento de construir una teoría del significado completa: una que mostrase el significado de una oración dependiendo sistemáticamente de su composición a partir de las palabras que la constituyen.

En vista del presente dominio de la concepción del significado como condiciones de verdad, una minoría mantiene una postura rival, constructiva. ¿Deberíamos aceptar como la noción central de una teoría del significado (aquella en términos de la cual el sentido operativo de una oración declarativa ha de explicarse) (a) la de una preferencia de la oración *verdadera*, o (b) aquella que *capacita* a alguien para afirmar dicha oración, o (c) lo que está implicado en *aceptar* dicha afirmación y, si es adecuada, actuar en consecuencia? Las opciones (b) y (c) son partes de la noción wittgensteniana del uso de la oración: son partes observables de la práctica de hablar un lenguaje. La característica (a) es la opción de un teórico de las condiciones de verdad, pero *no*, como tal, parte de la práctica lingüística: las teorías de las condiciones de verdad pueden sostenerse sólo si, para explicar la práctica lingüística, es esencial recurrir a nuestra concepción de las condiciones de *verdad* de la oración en tanto que *guía* del uso que hacemos de ella.

Una teoría del significado que tenga (b) como noción central debe denominarse «justificacionista» y, la que tome (c) como noción central, «pragmática». Las teorías constructivas del significado son de un tipo o del otro, pero no está claro que haya aquí una elección real. Una genuina teoría comprensiva del significado debe ofrecer una descripción completa de la práctica lingüística; y esa práctica incluye ambos aspectos. Ambos deben armonizar: dado lo que cuenta como capacitándonos para afirmar una oración, debe seguirse lo que está implicado en su aceptación, y viceversa. Así, una teoría justificacionista debe ser equivalente a una pragmática, si cualquiera de ellas es un posible modo para explicar nuestro uso del lenguaje. De hecho, es igualmente verdadero que una teoría de las condiciones de verdad debe mostrar cómo, a partir de las condiciones para la verdad de una oración, puede derivarse lo que nos capacita para afirmarla y lo que está implicado en su reconoci-

miento como verdadera. No se sigue, en cambio, que una teoría de las condiciones de verdad será equivalente a una teoría justificacionista o pragmática. La teoría de las condiciones de verdad emplea una noción, la de una oración *siendo verdadera*, independientemente de nuestro juicio de que lo sea, noción que no parece que ninguna de las teorías de la otra clase necesite emplear o explicar. Implica así una noción transcendental cuyo empleo puede justificarse sólo mediante la demostración de que es indispensable. La minoría constructivista de teóricos del significado persigue persuadir de esta grave asimetría a la mayoría de proponentes de las condiciones de verdad.

En la tradición analítica hay casos notables como el de Gareth Evans (1946-1980) y sus seguidores, como Christopher Peacocke (n. 1950), que buscan articular una teoría del pensamiento independiente de su expresión lingüística: para ellos no es la teoría del significado, sino la teoría del *contenido* la que está en la base de toda la filosofía. A primera vista, esto le da la vuelta totalmente a la filosofía analítica entendida históricamente: de hecho, es una revolución altamente conservadora. La *estructura* de los pensamientos es concebida por esta escuela de una manera prácticamente fregeana: su estructura es analizada en un modo paralelo al de la teoría semántica fregeana, esencialmente como una teoría librada de las referencias a aspectos lingüísticos. Esta teoría sigue siendo de la clase de condiciones de verdad: el contenido de un pensamiento se determina mediante la condición que lo hace verdadero. Continúa siendo composicional: los pensamientos constan de partes (conceptos) que cooperan para formar sus contenidos. A diferencia de los teóricos de la semántica que no prestan atención a los sentidos de las palabras y oraciones en favor de su valor semántico, los teóricos del pensamiento reconocen sin paliativos la distinción entre sentido y valor semántico; difícilmente podrían decir que tienen una teoría del pensamiento si no propusieran una teoría del sentido explícita y detallada, que lo es de nuestro entendimiento de los conceptos que constituyen pensamientos completos capaces de ser verdaderos o falsos. Pero su tratamiento de tales conceptos no recurre a operaciones mentales internas al modo de las teorías psicologistas tan rechazadas por Frege, al igual que por Edmund Husserl (1859-1938). La posesión de un concepto se explica mediante las *habilidades* de un sujeto para interactuar con partes de su medio. El mismo Frege, aunque insistiendo en la importancia de distinguir el sentido del valor semántico, no había prácticamente intentado ofrecer un tratamiento detallado de los sentidos de las expresiones más que de las que dio definiciones. Los teóricos del pensamiento sí ofrecen un detallado análisis de la posesión de conceptos; y un momento de reflexión prueba que mucho en estos análisis debe solapar lo que estaría necesariamente contenido en un tratamiento preciso de los sentidos de las correspondientes expresiones lingüísticas. Supóngase, por ejemplo, que nos interesa el concepto relacional «está más lejos que» como aparece en ejemplos como «la mesa está más lejos que la silla». Para explicar nuestra comprensión de este concepto, tendremos que explicar sobre qué base tal pensamiento se considera verdadero, cómo puede establecerse como verdadero y cómo las acciones de un sujeto se ven influidas por su convicción de que es verdadero. Todas estas cosas deben tenerse en cuenta en un tratamiento del sentido de la expresión «está más lejos que». La teoría del pensamiento es un valioso corrector de las teorías semánticas que no tienen en cuenta el sentido.

Pero, aunque la teoría del pensamiento está muy cerca de la teoría del significado, tiene una notoria diferencia: es esencialmente solipsista. Aunque aborda la interacción de un sujeto con su medio físico, no trata prácticamente en absoluto de su interacción con otros seres humanos, lo que Wittgenstein correctamente vio como algo inseparablemente ligado a nuestro uso del lenguaje que nos sirve de medio de comunicación. Por esta razón, no puedo más que considerar la sustitución de la teoría del significado por una teoría del pensamiento como un paso atrás, por mucho que esperemos aprender de ella. También espero que la concepción de las condiciones de verdad de cualquiera de las dos teorías relajará su control sobre el pensamiento de los filósofos analíticos (y cualquier otro filósofo, en este respecto). He intentado, sin embargo, ofrecer un esbozo histórico, con lo mínimo de mi opinión personal. Espero que esto no haya llevado a confusión.

Traducción: *Alberto López Cuenca*